

COSTUMBRISTAS COLOMBIANOS

I

por Juan Jacobo de Lara



UANDO el género costumbrista cobró forma y floreció en la literatura española a mediados del siglo pasado, su influencia se dejó sentir en Hispanoamérica. En algunos países gozó de más popularidad que en otros, y en técnica y estilo adquirió tonalidades distintas de acuerdo con el ambiente social y literario. Nos vamos a ocupar aquí del costumbrismo en Colombia. De los muchos escritores colombianos que cultivaron dicho género literario durante la segunda mitad del siglo, dos nos han parecido los más representativos y los más interesantes: José María Vergara y Vergara y Ricardo Silva. Analizaremos sus "Cuadros de Costumbres", para mejor poder apreciar su obra.

Antes de entrar en el estudio crítico de la obra de estos dos ilustres costumbristas, debemos mencionar otro escritor ilustre, Eugenio Díaz, que originó el lema costumbrista por que se guiaron los demás: "Los cuadros de costumbres no se inventan, se copian". Dicen que Díaz se presentó un día a Vergara, con su traje de campesino, y le llevó sus manuscritos. Entusiasmóse Vergara y el resultado de aquella entrevista fue la fundación de "El Mosaico" en seguida. "El Mosaico" acogió a los escritores de la época, a los conocidos y a los por conocer, y allí vieron la luz muchos de los mejores cuadros y artículos de costumbres de Colombia. (1) La fama principal de Eugenio Díaz se debe a

(1) J. J. Ortetega, *Historia de la literatura colombiana*, Prólogos de A. Gómez Restrepo y de D. Samper Ortega, Bogotá, 1935, p. 220.

su obra *La Manuela*, que no es más que una colección de cuadros de costumbres campesinas, como lo son sus otros cuadros también. (2)

(2) Eugenio Díaz, *Una ronda de don Ventura Ahumada, y otros cuadros*, (Biblioteca Aldeana de Colombia, "Cuadros de Costumbres" No. 23, Bogotá, Ed. Minerva, 1936, págs. 5-8.

II

José María Vergara y Vergara (1831-1872) fue el alma de "El Mosaico" y allí publicó sus numerosos artículos "que fueron principal fundamento de su reputación en el mundo de las letras... De su ingenio flexible y voluble, que se acomodaba fácilmente a diversos tonos, da testimonio la rica variedad de sus artículos.(3)

Ya nos hace reir sabrosamente con la descripción de las tres épocas que caracterizan Las tres tazas; ya nos hace pensar y nos inspira sentimientos benévolos en Los buitres; ya nos conmueve con el delicioso cuadro de Un par de viejos; ya nos eleva a altas regiones del sentimiento y de la literatura en Un manojito de hierba.(4)

Con motivo del centenario de su nacimiento, se publicaron en 1931 las *Obras escogidas* de Vergara y Vergara en cinco volúmenes. El primer volumen comprende sus "Cuadros de Costumbres" que "si no siempre son modelos de estilo, sí lo son de gracia exquisita y de suma facilidad". (5) El segundo volumen comprende sus "Artículos literarios" no costumbristas; el tercero comprende "Biografías" y los dos restantes su "Historia de la literatura en Nueva Granada". Considerando su corta vida, Vergara dejó una producción literaria cuantiosa, y fue un "elemento influyente en el movimiento intelectual de su época en Colombia. Alentó a muchos escritores principiantes y dió estímulo a todo esfuerzo literario." (6)

(3) Ortega, *Historia de la Literatura colombiana*, p. 308.

(4) *Loc. cit.*

(5) *Loc. cit.*

(6) José María Vergara y Vergara, *Las tres tazas y otros cuadros*, (Biblioteca Aldeana de Colombia, "Cuadros de Costumbres" No. 24.) Bogotá, Ed. Minerva, 1936, p. 8.

Dice su prologuista que las páginas de Vergara “reunen belleza, candor y sentimiento en la proporción necesaria para dejar una enseñanza y despertar a la vez en todo lector una sonrisa cuando no una lágrima.” (7) Dicho comentario encierra el propósito costumbrista y explica el éxito de Vergara con sus artículos de costumbres.

Vamos a analizar, a continuación, los “cuadros de costumbres” de Vergara incluidos en la colección que tenemos a la mano. Las páginas que citemos corresponderán a la misma obra: *Las tres tazas y otros cuadros*, que acabamos de citar. El primer trabajo está dedicado a Ricardo Silva, el otro costumbrista que vamos a analizar en este estudio. Ese primer trabajo es el mejor de la colección, como obra costumbrista y como obra literaria. La técnica que usa Vergara es simple y genial a la vez. El autor se describe hojeando un album de tarjetas y de entre ellas acaba por separar tres invitaciones que corresponden a tres períodos de la vida del autor y de la vida de la ciudad. Cada uno de los tres períodos se describe en uno de los tres “cuadros” que forma el conjunto. Los símbolos distintivos, que determinan la escena, son: primero, la taza de chocolate, café, o té que respectivamente se ofrece como “refresco” y, segundo, los nombres sucesivamente aplicados a la ciudad y que sirven de subtítulos.

La primera invitación, en los lejanos tiempos de “Santafé” era para tomar “una taza de chocolate” como era la costumbre entonces. Desde el primer momento, el estilo es ameno y la descripción interesante. Leemos como la preparación del cacao es un arte y que también lo es la confección del chocolate, artes que se perdieron con los cambios de la moda. La escena nos presenta una reunión social en los últimos días coloniales de Santafé. (págs. 13–20).

La segunda invitación, de años más tarde, era para tomar una taza de café. Según el autor fueron los ingleses que vinieron con Bolívar que introdujeron el uso del café, que vino a suplantarlo el chocolate como “refresco” de la sociedad. La

(7) *Ibid.*, p. 9.

ciudad también ha alterado su identidad y se llama Santafé de Bogotá. (21-32)

Con estilo satírico de buen tono describe Vergara las nuevas costumbres impuestas por la moda, evitando ridiculizar exageradamente lo que describe. Las siguientes líneas ilustran su estilo.

Unas dos contradanzas y unos tres vales redondos se habrían bailado cuando en un interregno se apareció en la sala mi amigo el de las Viñas, y con su misma cara de alma de cántaro que conservó hasta la muerte, adornada en ese momento con sonrisa de gala, dijo en voz alta: Señores, vamos a tomar café! El golpe estaba dado, la situación era dramática. Por pronunciar dos zetas y la palabra café había gastado Viñas cincuenta pesos redondos. (25)

En un momento de reminiscencia se lamenta el autor de que aquella era también pasó. "Triste campo el de los recuerdos! Cada vez que entra uno entre su triste memoria, se espanta de ver tantas lápidas". (p. 32).

La tercera invitación, la del mundo moderno, es a tomar una taza de té. Y no solo fue la moda del té, la innovación que asaltó la sociedad entonces. Todo lo europeo, especialmente lo francés, se puso de moda. Mientras más vocablos extranjeros se usasen en la conversación de mejor tono resultaba. Los hábitos, el vestuario y hasta los nombres propios debían europeizarse. La ciudad ya solo se llamó "Bogotá" y dicho nombre, así como muchas de esas costumbres que alarmaron al autor entonces, se conservan hoy tal como él las describió hace casi un siglo. Dejémosle hablar a él mismo.

Cuando los bailarines acabaron de echar parva, se bailó un muy indecente baile, cuyo nombre ignoro y que consiste en bailar extremadamente abrazados, con otras circunstancias deplorables. Hice algunas consideraciones científicas, entre las cuales merecen especial lugar las siguientes: Todas las mujeres hablaban de la guerra de

Austria y de la política de Napoleón como de una cosa familiar. Todos los hombres hablaban de las modas de París para mujeres, como de una ciencia conocida. Cada tres palabras, se atravesaba a algún equívoco insoportablemente libre, y las mujeres se reían de él acaso más que los hombres. (43-44)

Y para concluir debemos nuevamente dejar hablar al autor, que resume sus tres cuadros, *Las tres tazas*, de la manera siguiente.

En 1813, se convidaba a tomar una taza de chocolate, en taza de plata, y había baile, alegría, elegancia y decoro. En 1848, se convidaba a tomar una taza de café, en taza de loza, y había bochinche, juventud, cordialidad y decoro. En 1866, se convida a tomar una taza de té en familia, y hay silencio, equívocos indecentes, bailes de parva, ninguna alegría y mucho tono. (44-45)

En otros de sus artículos no tuvo Vergara tan buen acierto. El llamado "El último Abancerraje" o como lo indica el subtítulo, la biografía de sus caballos, aunque ameno no es propiamente del tipo costumbrista. Lo mismo pasa con "Un manojito de hierba" que es un interesante y bello artículo epistolar en el cual el autor relata su viaje por Europa y concluye con su visita a la tumba de Chateaubriand, todo muy poético y romántico, pero no costumbrista. El artículo "La política" promete, con su título, algo de las malas prácticas y costumbres que se asocian en nuestros países con el arte de la política. Aunque el estilo es ameno y contiene un diálogo entretenido, le falta el elemento costumbrista lo suficiente para no pertenecer tampoco en dicha categoría; este artículo ni describe ni critica una costumbre, y lo mismo pasa con "El alma y el cuerpo" que le sigue en la serie. El título promete algo picante cuando menos, pero el artículo resulta edificante y aunque su estilo fabulado está bien desarrollado, tampoco pertenece al establecido tipo de cuadro de costumbres.

Sigue el artículo "Los buitres" y aquí la alegoría es completa, cuando dice que mirado de cierto modo, el buitre era una notable figura, el tipo de un pájaro distinguido o de un pájaro público. (p. 121) Describe el autor la escena del buitre acechando y luego devorando su presa, y de como sólo por medio de algún ardid pueden los incautos salvarse de sus garras. La alegoría adquiere tonalidades casi humanas.

"Consejos a una niña" está dedicado a Elvira Silva Gómez, que es la niña a quien le escribe la epístola. Tampoco encontramos en este artículo los ingredientes que componen un cuadro de costumbres. Se trata de algo como una preceptiva para la perfecta doncella, o de consejos para ser una mujer virtuosa, o algo así como una plegaria que dirige el autor a la mujer en general y a Elvira Silva, la niña que lo inspira, en particular.

El último artículo está integrado por tres "cuadros" en que se describen tres casas. El tema justifica el título "Lenguaje de las casas" y la técnica es semejante al primer artículo, el de "Las tres tazas" aunque este otro no alcanza a tener los méritos del primero. El simbolismo de los tres nombres que identifiquen las épocas a que se refieren estos cuadros se repite aquí. La primera casa es de Santafé. "La casa santafereña" conserva su ambiente y su apariencia colonial dieciochesca, el espíritu de otros tiempos. La segunda es una casa de Santa Fé de Bogotá, en que habita una distinguida pero empobrecida familia después de la Independencia. El ambiente en esta casa es de dignidad, flores y sol que entra por puertas y ventanas abiertas. Por último, cuando ya la ciudad es simplemente "Bogotá" nos describe el autor la tercera casa: una casita nueva. Este último es el mejor de los tres cuadros. La descripción de la casita repleta de curiosidades frágiles y la descripción de la pareja joven que la habita en ese año de 1865, las pinta el autor con brocha fina. En estos cuadros las casas son los personajes, y estas tres casas nos hablan, a través del autor, cada una en su lenguaje diferente que evoca su época respectiva. En ese sentido imaginativo podemos considerar las tres descripciones como "cuadros de costumbres" pero no en el sentido aceptado del género.

III

Don Ricardo Silva pertenecía a la misma escuela política que Juan de Dios Restrepo, pero su carácter de hombre de mundo, sus aficiones de gentleman, su genio alegre de bogotano auténtico, lo alejaron de la sátira amarga y lo llevaron al estudio, y la crítica risueña de pequeños vicios e imperfecciones sociales, y a describir tipos graciosos... La literatura fue para Silva una distracción elegante.
(8)

Ricardo Silva dedicó sus *Artículos de Costumbres* a su hijo, el famoso poeta José Asunción Silva. Sus cuadros no dejan de tener algunos descuidos e incorrecciones, dice José Manuel Marroquín, pero serán siempre contemplados con admiración “sean bellos o deformes, simpáticos u odiosos los objetos representados. Ni habrá época en que la lectura de esos artículos de Silva deje de servir de delicioso desahogo”. (9)

Ricardo Silva nació dentro de una familia acomodada. A los veintiocho años, cuando su padre y su tío murieron asesinados por ladrones, heredó nuestro autor fortuna y responsabilidades. Dice su prologuista que “la holgura económica de que don Ricardo disfrutó y su carencia de vanidad literaria explican la perfección de sus cuadros de costumbres, muy superiores a los contemporáneos suyos de

(8) Ortega, *Historia de la literatura colombiana*, p. 295.

(9) *Loc. cit.*

mayor renombre.” (10) Con razón, como veremos al analizar sus artículos, debe considerarse a Ricardo Silva como “el maestro por excelencia del género costumbrista” en Colombia. También fue apreciadísimo en la sociedad bogotana por lo elegante, refinado, y culto. (11)

Su primer artículo, *Un domingo en casa*, tuvo un éxito inmediato y rotundo, en 1859. Si sus contemporáneos y la posteridad han considerado este “cuadro” de Silva como el mejor de él y del género, nosotros no podemos menos que corroborar ese justo dictamen. *Un domingo en casa* es una joya entre los verdaderos y mejores cuadros de costumbres en cualquier parte y en cualquier tiempo. El tema es perfecto por lo sencillo. El autor decide pasar un domingo en casa, descansando. La escena en el cuadro revela las mil y una vicisitudes de la vida diaria que le impidieron lograr su propósito. La acción es natural y animada. La caracterización y el diálogo no dejan nada que desear. Los hábitos y costumbres se retratan por medio de la acción y el diálogo, con animación y naturalidad. El artículo reúne todos los atributos del aceptado cuadro de costumbres.

El segundo cuadro de la colección, *El portón de casa*, es del mismo delicioso estilo que el primero. Uno no puede dejar de entusiasmarse con estos magníficos cuadros de Ricardo Silva. Es más, si el costumbrismo es un arte, Silva fue un inspirado intérprete de dicho arte.

El niño Agapito tiene otros méritos. No se compara con los cuadros anteriores en cuanto a la acción y la escena animada, pero en cambio ofrece otro elemento importante del costumbrismo, vocablos y lenguaje característicos de los tipos populares que figuran en el cuadro. La escena se desenvuelve con la facilidad amena que caracteriza los “cuadros” de Silva. Le sigue *Un remiendito* (1876) que es otra joya del costumbrismo en el más amplio sentido de la palabra. El argumento es que si uno empieza por hacer un remiendito a una

(10) Ricardo Silva, *Un domingo en casa y otros cuadros*, (Biblioteca Aldeana de Colombia, “Cuadros de Costumbres” No. 25.) Bogotá, Ed. Minerva, 1936, p. 10.

(11) *Ibid.*, p. 11.

casa vieja, acaba por gastar más que si la hiciera nueva. La viuda e hijas de esta historia empiezan por hacer unos remienditos al caserón en que viven, el cual acaba por consumirles sus economías, comprometerles el caserón mismo, acabar con la pobre viuda, y dejar las huérfanas en la miseria. Los personajes y la acción se mueven con perfecto acierto, desde el principio hasta el fin. En este cuadro, como en casi todos los de Ricardo Silva, ni falta ni sobra nada.

En cambio, *Mi familia viajando* no alcanza a igualarse con los otros, aunque no deja de ser bueno como artículo de costumbres. La costumbre que satiriza el autor aquí es la de irse una familia al campo cerca de la ciudad, donde les agobian innumerables vicisitudes, siendo la no menos enojosa las continuas visitas de los amigos que no habiendo salido de la ciudad se aprovechan para pasarse allí el día, o la tarde cuando menos. *La cruz del matrimonio*, que es el título del artículo siguiente, resulta ser la lucha con las sirvientas, el entra y sale de éstas, y las impertinencias que hay que soportarles. La segunda parte de este artículo describe algunas de las escenas características, que por medio de la acción y el diálogo ofrecen al lector un cuadro casero lleno de animación, naturalidad, e interés.

En el artículo sobre *Las llavecitas* (1879) se cuenta de como éstas, habiendo suplantado las llaves grandes de antaño, ocasionaban los más frecuentes trastornos en los hogares modernos por el simple hecho de perderse con la mayor facilidad. Y una vez perdidas las llavecitas, lo cual sucede varias veces al día, el ritmo del hogar se interrumpe, la familia entera se altera y todo queda en suspenso, o mejor dicho, todo se disloca hasta que aparecen las llavecitas.

Se lamenta el autor de que "vino el progreso moderno que todo lo ha invadido llevándose de paso los rasgos característicos de nuestras sencillas costumbres; dejándonos en cambio sin fisonomía propia". (12) Y se queja sobre todo de la moda por todo lo extranjero, por todo lo europeo, por todo lo francés. El

(12) *Ibid.*, p. 128.

tema favorito de Silva es el de toda persona que se va poniendo vieja, echar de menos los viejos tiempos cuando las costumbres y las gentes eran mejores que ahora, y lamentar o criticar o ridiculizar las costumbres y las gentes del presente. Esta actitud, sin embargo, produjo en el caso de Ricardo Silva estos magníficos cuadros de costumbres.

El tema del último de los artículos lo explica el título, las *Tres visitas*. Aquí se repite la técnica de *Las tres tazas*, en que cada visita corresponde a una casa que representa cierta época determinada de la ciudad. La primera visita fue a un viejo caserón de Santafé, donde vivía un viejo regañón y honradote, enchapado a la antigua, que le confesó al autor: "Yo, como viejo santefereño, no estoy al corriente de las modas bogotanas." (13)

De allí salió el autor para hacer su segunda visita, en una casa de Santafé de Bogotá. Allí sufrió las necedades de una señora parlanchina y de sus tímidas "niñas" cuarentonas antes de poder escaparse. Dice: "Por fin salí de la casa de Santafé de Bogotá y me dirigí a la linda casita, de Bogotá, en donde viven los novios a quienes debía visitar." (14) En esta casita bogotana la conversación fue a dos tonos, por un lado "los novios" alababan todo lo europeo, e imitan todo lo francés; por el otro lado, critican todo lo del país con el más soberano desdén.

Ese último es el único de los cuadros de Silva que nos deja sin entusiasmo, tal vez porque después de haber leído el magnífico cuadro de Vergara y Vergara, *Las tres tazas*, con un tema análogo, es inevitable que el de Silva sufra ante la forzosa comparación. Pero aparte de esa sola excepción, dentro de los ocho "cuadros" que hemos analizado, Ricardo Silva logró escribir, no cabe duda, muy atinados e interesantes cuadros de costumbres que sobresalen por su estilo ameno y provocativo.

Si algo fuéramos a criticar en estos "cuadros" tendrá que ser el que sólo tratan, en conjunto, de hábitos y costumbres más o menos superficiales; en muchos casos son problemas

(13) *Ibid.*, p. 148.

(14) *Ibid.*, p. 153.

domésticos más bien que problemas sociales; en otros se critican modas pasajeras más bien que costumbres nuevas; y en general, no se trata de problemas serios ni importantes que criticar, sino de ejercitar el ingenio literario en un ameno género costumbrista. De Silva lo dice así su prologuista.

Cuando se emprenda el estudio del ingenio bogotano, de ese don especialísimo que caracteriza a los habitantes de la capital y que les permite enfocar risueñamente cualquier situación, por grave que ella sea, o cualquier personaje, por solemne que parezca, el librito de cuadros de costumbres de don Ricardo Silva suministrará al que tal estudio acometa materiales de tanta excelencia... (15)

(15) *ibid.*, p. 11.